



## LEER Y ESCRIBIR, VASOS COMUNICANTES

MARÍA ASUNCIÓN LANDA ETXEBESTE\*

**RESUMEN.** Las reflexiones en torno a la lectura que se exponen a continuación parten de la doble faceta de la autora como escritora de Literatura Infantil y Juvenil y profesora de Didáctica de la Literatura.

Considerando que la lectura literaria constituye una forma privilegiada de experimentar el hecho literario, se propone la escritura de textos literarios como otra vía complementaria para la formación de lectores competentes.

Así pues, la lectura y escritura literarias son tratadas como las dos caras inseparables de una correcta Didáctica de la Literatura. Ambas actividades requieren, entre otras, de unas condiciones de soledad, sosiego y silencio que la autora considera necesarias a la hora de plantear estrategias y entornos educativos para recuperar el placer de la lectura y la escritura.

**ABSTRACT.** The following reflections about reading are based on the two sides of the author as writer of Children's Literature and teacher of Literary Instruction.

Considering that literary reading is a privileged way of experiencing literature, the writing of literary texts is proposed as another complementary way of training competent readers.

As such, literary reading and writing are seen as the two inseparable sides to effective Literature Instruction. Both activities require, among other things, solitude, calm and silence, as deemed necessary by the author, when devising strategies and creating educational environments which will bring back the pleasure of reading and writing.

### INTRODUCCIÓN

La invitación a escribir algunas reflexiones en torno a la difusión, el fomento y el placer de la lectura, la he interpretado como una ocasión, por mi parte, de aportar mi granito de arena a este quehacer de

la promoción de la lectura y, más concretamente, de la lectura literaria, que conserva su prestigio social; pero cuya decadencia nos llega formulada, a veces, de forma hipócrita y alarmista, hasta con cierto sentido de la culpabilidad: nuestros hijos, nuestros alumnos leen muy poco,

---

(\*) Universidad del País Vasco. Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2003.

¿qué podemos hacer?, se preguntan los padres y profesores mientras ellos, a veces, ven demasiada televisión.

Según las encuestas, se lee cada vez menos, yo me atrevería a decir que cada vez se lee peor, entre otras cosas porque tenemos mucha prisa, porque vivimos corriendo con nuestro reloj en la mano, como la liebre blanca de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Muchas veces, cuando me preguntan por la conveniencia de que los niños y jóvenes lean, el por qué, cuándo, cómo, qué..., típico de las entrevistas, me embarga una cierta desazón. Yo no tengo un recetario, ni un libro de instrucciones y mucho menos cuatro eslóganes para salir del paso. Yo, a estas alturas de la vida, me gusta responder, con toda humildad, que a mí la lectura, la ficción literaria, me ha ido muy bien. Y que la recomiendo, entre otras cosas porque me parece una necesidad tan humana como la de soñar, reír, o jugar. Porque para mí ha sido una vía de placer, de consuelo, de compañía y hasta de «autoconocimiento». Y lo hago así porque no quiero sacralizar la lectura, ni obligar, ni exorcizar a aquéllos que no hayan experimentado el placer al que voy a aludir, ni tengan intención de hacerlo. Pero en mi fuero interno, sí que creo que quienes no lo han compartido, aunque sea alguna vez, se están perdiendo algo muy importante en la vida.

Cuando un libro nos habla, cuando nos habita y nos forma, sentimos a menudo la necesidad de responder, de establecer un diálogo, de escribir.

Este impulso puede ser el punto de partida y una motivación para la producción de textos literarios. Creo que merece ser recogido y aprovechado en el medio docente en el que trabajamos, porque puede constituir una estrategia didáctica para la formación de la competencia literaria de nuestros alumnos, tan carentes

de incentivos y tan acobardados ante la página en blanco, es decir, ante su propia creatividad.

Aunque siempre se ha afirmado que leer hace escritores, la afirmación contraria también es posible: escribir nos lleva a leer más y mejor.

Así pues, las reflexiones y comentarios que se proponen en este artículo, están basados en estos dos pilares: leer y escribir literatura. Y en la reivindicación de unas condiciones de soledad, silencio y sosiego que, a menudo, los entornos educativos y familiares no cultivan ni respetan adecuadamente.

## SOBRE EL PLACER DE LEER

Me han preguntado muchas veces por qué me ha gustado escribir. Nadie me ha preguntado nunca por qué me gustó leer. Como si fuese obvio. Y sin embargo, en mi caso, leer y escribir han sido dos actividades que han estado y están estrechamente relacionadas, como las ruedas de una bicicleta, y que constituyen, de alguna forma, dos formas de vivir la literatura.

En realidad, es evidente que hay gente excelente, inteligente y bastante feliz y no leen o leen muy poco. Es decir, entienden el mundo, o al menos entienden su mundo que no es poco. También hay gente que lee mucho y es un perfecto cretino o cretina. Es evidente, también, que cuando se experimenta la lectura como algo que tiene que ver con nuestro yo más íntimo, se logra un placer o al menos, un bienestar o confort interior que uno quiere volver a sentirlo.

Si este placer se convierte en pasión cuando uno es niño, adolescente, entonces la lectura se convierte en una especie de actividad paralela a nuestros múltiples avatares vitales: siempre un libro en el bolso, otros libros en la maleta de cada

viaje, demasiados apilados en la mesilla de noche y una biblioteca que va marcando nuestra biografía, los cambios de nuestro gusto literario, como un álbum de fotos recoge, parcialmente, retazos de vida disecada.

Y es que ese niño o niña que viajó, como yo, en una balsa con Tom Sawyer por el Mississipi, se enfrentó por un tesoro a los piratas en una isla, o ahora quiere ser mago como Harry Potter, experimenta unas emociones que no olvidará fácilmente. Y vuelve a los libros, unas veces con expectativas que resultan desorbitadas, con avidez que no siempre es colmada, pero siempre con la ilusión y la promesa de un encuentro, de un estímulo que le resulte emocionante. Es decir, que al igual que nos pasa en la vida real o con las personas que conocemos, no todos esos libros que leemos merecen la pena, no todas las experiencias ni deseos son los adecuados, porque a la voracidad de los comienzos suele seguir un inevitable sibaritismo.

La experiencia literaria, esa lectura apasionada de un libro de la que no salimos indemnes, no ocurre siempre que lo queremos, siempre que leemos. Las causas de que unos libros gusten a unos y no a otros son variadas y diferentes para cada cual. No es un experimento que podamos provocar, predecir, o programar. En eso se parece al amor, o mejor dicho, al enamoramiento. Lo más que podemos hacer, es procurar que se den las circunstancias apropiadas, que confluayan determinadas condiciones: un texto adecuado, un momento propicio, una sensibilidad similar. Sobre la oposición experiencia-experimento volveremos a hablar más tarde, porque como bien afirma Jorge Larrosa (1996) la escuela tiende, a menudo, a convertir la experiencia en experimento, buscando unos resultados prefijados de antemano.

Retomando la cuestión de la lectura literaria, alguien puede decir o pensarlo

al menos, que eso de vivir a través de los libros, es algo completamente inútil, o falso o hasta peligroso. Y si no, que se lo pregunten a Don Quijote o a Madame Bovary. Y lo dicen como si supieran muy bien lo que significa el término vivir, con un «reduccionismo» confortable y pasmoso. Como mucho, piensan, leer es una forma de pasar el tiempo, en el aeropuerto, en la consulta del callista, en el hospital... «Matar el tiempo», expresión que no deja de ser terriblemente injusta, no sólo con los libros sino también con la vida.

Se puede leer para adquirir o aumentar los conocimientos que uno tiene, y esto está mejor visto. Se puede leer como una experiencia de evasión, una forma de ocio o un pasatiempo, y eso también, en los tiempos que corren, se entiende y se ejercita.

En todas sus formas, leer está bien. Al menos, ésa es mi opinión.

Pero muchas veces, a la lectura le pedimos más. Sobre todo si es una lectura literaria. Entonces pensamos en una actividad que tiene que ver con nosotros, con nuestra subjetividad de lectores, no con lo que sabemos sino con lo que somos. Queremos encontrar algo que nos forme, o nos deforme o nos transforme. Nos emocione, al menos. Si leemos para adquirir conocimientos, después de la lectura sabemos algo que no sabíamos, tenemos algo que no teníamos, pero nosotros somos los mismos que antes, nada nos ha modificado.

En realidad, vivimos unos tiempos en que tenemos acceso a todo tipo de información, nunca los libros y el arte estuvieron tanto a nuestro alcance, pero quizás sentimos poco, nos emocionamos muy raramente, devoramos más que masticamos. Es decir, leemos, pero casi nada nos pasa. Pocas cosas nos conmueven realmente, nos emocionan, nos tambalean, nos transforman.

Cada uno o cada una sabe cómo puede relacionar los libros que ha leído con su propia vida, los libros con sus experiencias más íntimas, con su placer, con su desasosiego, con su búsqueda o su entretenimiento..., pensar en los libros que le marcaron, aquellos libros que pusieron palabras a lo que sentía y hasta a lo que deseaba sentir.

Digámoslo de forma más prosaica: El primer impulso de cada persona es afirmarse, experimentar, desarrollarse, vivir. El segundo, es salir de sí mismo, curar o intentar compartir al menos, su soledad. Hablar. Escuchar. Leer. Escribir.

Estos verbos son inseparables en las complejas actividades humanas de una sociedad alfabetizada.

¿Pero, sabe quien no sabe escuchar?

¿Sabe escribir quien no quiere comunicarse?

Sigamos haciendo preguntas:

¿Qué valor tiene leer lo que alguien escribe, inventa?

¿Qué valor tiene escuchar lo que alguien dice?

¿Por qué nos gusta leer narraciones que nunca han sucedido en la realidad? Es casi un absurdo, o al menos algo misterioso.

¿Qué justificación puede tener interesarse con entusiasmo por unas historias que nunca han sucedido y participar, al menos indirectamente, de unos sentimientos que no nos interesa experimentar en nuestras vidas, o concentrarse en imaginar cosas que nunca podrían existir como zapatitos de cristal, por ejemplo?

Estoy refiriéndome a *La Cenicienta*, por supuesto. Charles Perrault, académico francés del siglo XVII, cortesano del Rey Luis XIV, tuvo la ocurrencia de recoger de la literatura oral de su tiempo 11 cuentos y escribirlos por primera vez. Cuentos, que como los definió tan bien Marc Soriaño, son la literatura de la humanidad:

*Caperucita Roja, La Bella durmiente del Bosque, Pulgarcito* y como no, *La Cenicienta*, que huyó de los fogones a una fiesta maravillosa y al volver a su humilde destino dejó perdida su zapatilla que en francés era de *vaire*, (un tipo de cuero) y que al pasar por la imprenta y al equivocarse con el término *verre*, (cristal) nos dejó a todos y a todas para siempre maravillados, incapaces de corregir aquella imagen evocadora, irreal, fantástica..., es decir, literaria, poética.

Este fallo de imprenta que nadie ha tratado de remediar, nos ofrece un bonito pretexto para reflexionar sobre la necesidad de escuchar o leer historias, la necesidad de la ficción. No nos basta con sobrevivir, queremos más. ¿Qué? Ah, no sé, pero más. Preferimos que el zapatito de Cenicienta sea de cristal, algo imposible, algo fantástico, pero maravillosamente hermoso, evocador, capaz por sí solo de vehicular nuestros deseos de ficción.

Es decir, preferimos renunciar a pensar que las cosas son como son y la vida es como es, tal y como dicen los felices pragmáticos; ¿por qué un zapatito de cristal si, en realidad, la zapatilla era de cuero, normal y corriente, completamente creíble?

Pues sí, yo también prefiero que el zapatito de Cenicienta sea de cristal, como también lo prefirieron durante siglos otros niños que escuchaban las historias alrededor del fuego, mal comidos, harapientos, desvalidos, que sabían muy bien que lo que se contaba en aquellos cuentos y en otros, sólo eran palabras, nada que hubiera acontecido en realidad, algo inventado, una mentira, muchas mentiras..., porque, quizás, lo más humano es precisamente soñar, desear imposibles, vivir en cierta forma lo que no es, pero igual podría ser.

*Dime que me quieres aunque sea mentira*, así se titulaba la obra póstuma de Montserrat Roig, una reflexión sobre la

literatura, sobre el hecho de escribir, sobre las mentiras que queremos tomar nos muy en serio, sobre la necesidad de ficción de estos primates evolucionados que somos, tan frágiles y complicados.

Una respuesta, que es la misma que han dado muchos teóricos de la cuestión y que nosotros sabemos aunque no seamos a veces conscientes, es que con ese tipo de lecturas buscamos ser más de lo que somos. Ver por otros ojos, imaginar con otras imaginaciones, sentir con otros corazones. En palabras de C.S. Lewis (2000), queremos ventanas o puertas.

Y está muy bien lo de aludir a puertas, porque, por ejemplo, los niños saben perfectamente que en el momento en que comienzan a contarles un cuento se aventuran por una puerta hacia un lugar fuera del espacio real y concreto donde van a experimentar emociones diversas, miedo, alegría, liberación, enfado... Y así como esta puerta de entrada tiene sus frases mágicas de acceso: «Érase una vez»; «En tiempos de Mari Castaña...» (en euskera también decimos: «En los tiempos en que animales y plantas hablaban...») también las tienen las puertas de salida de ese túnel maravilloso y envolvente que es el cuento narrado o leído: «Y colorín colorado, este cuento se ha acabado... Y fueron felices y comieron perdices».

Los niños, necesitan de la ficción para dominar la realidad. Esos cuentos que contamos o leen los niños y niñas, tienen, entre otras funciones, la de dar una forma narrativa a su propia vida.

Y si el sentido de lo que somos está construido narrativamente, en su construcción y en su transformación, es indudable que la ficción, la literatura narrativa, todas esas historias que escuchamos y leemos tienen un gran papel. Ya sé que ese papel no es exclusivo de la literatura, pero es indudable que el lenguaje posee el don del eco, de la repetición, de la meditación pausada, del diálogo interior,

personal e intransferible que suscitan en nosotros algunas frases, algunas palabras, alguna reflexión... Un diálogo íntimo, un estímulo a la propia respuesta, una invitación a divagar, a relacionar las experiencias que los otros nos cuentan con las nuestras propias. Y aunque la lectura ya no sea el instrumento único ni ideal para construir un imaginario personal, como es el caso de muchos jóvenes actualmente, los que amamos los libros debemos trabajar como si así fuera, porque creemos que la lectura literaria es un arma de comunicación y expresión, de pensamiento y lucidez, una forma de ordenar el mundo y de habitarlo.

Leer, como lo han dicho otros mejor que yo, es quizás, también, una ayuda para saber y confirmar quienes somos. Una ocasión para confrontar la experiencia propia con la experiencia de otros, para emocionarnos con los otros, para compartir un fondo común de memoria y experiencia colectiva.

Una llamada que nos interpela y a la que a veces deseamos dar una contestación: es decir, deseamos escribir.

#### ANIMAR A ESCRIBIR PARA ANIMAR A LEER

Éste fue el tema de las Sextas Jornadas de Bibliotecas Infantiles y Escolares que organizó la Fundación Germán Sánchez Ruipérez en 1998.

Las conferencias y diversas participaciones de los ponentes partían de un convencimiento que comparto: escribir hace lectores. Y, si alguna responsabilidad tiene la institución escolar respecto a la situación de la sociedad lectora, es la de que a los profesores les corresponde, sobre todo, desarrollar la competencia lectora del alumnado. A ella hay que pedir cuentas de que los alumnos, aparte de querer o no leer, puedan hacerlo.

Además, todos sabemos que aprender a leer y escribir no consiste sólo en lograr las competencias correspondientes sino también en adquirir la capacidad de insertarse en una sociedad alfabetizada, en su construcción social y cultural, compartir un mismo imaginario colectivo. No hay que olvidar que la literatura, en concreto, cumple la función de iniciar a los niños y adolescentes en la representación de la realidad de una sociedad determinada y ofrece a las nuevas generaciones esa forma peculiar de socialización.

Personalmente, siempre he considerado el leer y el escribir como las dos caras de una moneda, unos vasos comunicantes, las ruedas de una bicicleta. Las dos vertientes de una correcta Didáctica de la Literatura.

Suelo hablar de ello en la presentación de mi programa de la asignatura «Talleres literarios» a los alumnos y alumnas de la Escuela de Formación del Profesorado donde imparto docencia. Les comento mi convicción de que, a mi parecer, la función del profesor de literatura es, por una parte, hacer asequibles, atractivos y agradables los textos literarios a los alumnos, dotándoles de los medios de análisis y comentario de los mismos; y, por otra parte, motivarles y animarles a la producción de sus propios textos para que experimenten la creación literaria. Insisto en la producción de textos literarios porque creo que ha sido siempre el pariente pobre de la Didáctica de la Literatura, la rueda deshinchada de la bicicleta, la cara de la moneda menos trabajada. Mi propia escolarización, así como la observación de la práctica escolar, me han confirmado en esta especie de desajuste, de desequilibrio y desarmonía, entre lo que debiera ser una pareja bien avenida. La podíamos resumir en dos verbos maravillosos: LEER y ESCRIBIR literatura.

Al escuchar estos comentarios preliminares, mis alumnos universitarios me miran casi con temor. Es normal, es comprensible. No me extraño cuando, ante mis preguntas, la mayoría me responde que no escribe apenas cartas, que muy pocos han escrito un diario, que no han escrito un poema de amor al chico o a la chica que les gusta. Y les propongo que, a modo de «autopresentación», escriba cada uno de ellos una breve autobiografía imaginaria, o diez mentiras, o diez deseos imposibles, o diez palabras que les gusten. La cuestión es despertar el deseo de escribir, azucar la imaginación dormida o somnolienta, ir ablandando resistencias, temores... Les insisto en que en un taller literario no hay buenos y malos, cada uno o cada una va a tantear, a indagar, a arriesgarse a crear, a experimentar. Porque eso también es estudiar literatura, porque sólo de esa forma podrán perder el miedo a ser creativos, porque así animarán a sus futuros alumnos a escribir sus textos literarios, después de que hayan experimentado en sí mismos sus placeres y sus limitaciones, sus hallazgos y sus frustraciones, porque después de haberlos contrastado con los suyos, entenderán más y mejor los textos de los demás compañeros.

Mis consejos no son quizás muy académicos pero tienen el valor de ser muy prácticos y podría agruparlos, esquemáticamente, en cuatro grandes apartados: *jugar a escribir, saber estar sentado, mandar a casa al intruso y practicar un poco de cocina.*

Para empezar, les animo a emprender la aventura de escribir como si fuera un juego: jugar a escribir. Cazar al vuelo todo lo que se les ocurra: los pensamientos, los recuerdos, las asociaciones... Las imágenes son siempre mucho más rápidas que la mano. Hay que cazarlas como mariposas. No desechar nada, no autocensurarse, no intentar controlar, dejar abiertas las

compuertas de su imaginación. Ya habrá tiempo, más tarde, de revisar y corregir.

Les prevengo sobre el terror a la página en blanco. Que no se desanimen cuando no se les ocurra nada y se sientan como en un desierto, una pantalla sin imágenes, un corazón anestesiado, una imaginación embotada. Que sepan *seguir sentados*, esperar, insistir. Les recuerdo algunas propuestas para incentivar la imaginación como las que Gianni Rodari recoge en su *Gramática de la Fantasía* u otras referencias bibliográficas.

Les anuncio la llegada de invitados no deseados que, vienen a visitarnos sin nuestro consentimiento consciente. Visitas que tienen por exclusivo quehacer torpedear lo que se le acaba a uno de ocurrir, que nos censuran, que se ríen o se enfadan con lo que estamos escribiendo. Aunque son despreciables, no hay que olvidar que uno mismo los ha invitado y que, por eso, uno mismo tiene que ir despachándolos. Los *intrusos*, los censores interiores, nunca hacen bien a la literatura.

Y llegados a este punto, les recuerdo que si todo lo anterior era adecuado para suscitar en ellos el deseo y el placer de escribir, más tarde, también es imprescindible afrontar la corrección de lo escrito, la relectura, autocrítica y reescritura de lo que se ha imaginado y escrito. Con paciencia y mimo, como si preparáramos un buen guiso en la *cocina*. Es decir, tras la etapa de la inspiración llega la etapa de transpiración.

Si hasta ese momento era la escritora quien les había hablado, la profesora sabe que es difícil, prácticamente imposible partir de cero. Que no es aconsejable dejar que los alumnos floten angustiados en el océano de las ideas, las imágenes, los sentimientos que no llegan. Para eso están otros textos literarios. Textos salvavidas. Flotadores o barcos de auxilio literarios, textos de autores consagrados,

canónicos, menos canónicos, textos mestizos entre los géneros, referencias a la cultura popular o cinematográfica y técnicas de escritura creativa, ejercicios propuestos con abundante bibliografía al respecto. Todo menos naufragar en el desaliento y el aburrimiento. Todos los escritores hemos aprendido imitando. Todo está contado en literatura, pero la forma de contarlo puede ser nueva, original, única.

Por eso, cualquier texto literario que nos resulte interesante puede procurarnos una ocasión de motivar a nuestros alumnos a la producción de sus propios textos. Un texto que sea un punto de partida, un catalizador de nuevas y sugerentes transformaciones. Y hacerlo siguiendo pautas de imitación y transformación de textos, englobadas en un conjunto de práctica textual.

Apostar por estas prácticas concretas exigiría, previamente, una profunda reflexión de conceptos muy cercanos a los que tratamos al hablar de la lectura, de la «intertextualidad», de la competencia literaria. Es decir, los textos leídos para ser imitados y transformados tienen que responder a unas estrategias de comprensión lectora ya que hacer escritores es invertir en lectores. La experiencia confirma que las prácticas de escritura aumentan la competencia lectora del alumnado, probablemente mucho más que cualquiera de las actividades de animación lectora existentes que, en muchas ocasiones, por su orientación lúdica y fragmentaria, impiden al alumnado comprender y sentir realmente los textos literarios. No quiero, sin embargo, dejar de reconocer que estas actividades denominadas «de animación lectora» tienen numerosas ventajas y que es injusto hacer críticas generalizadas. De todas formas, quizás puede constatar que su eficacia depende precisamente de su regularidad y articulación con las rutinas escolares.

Cuanto más aislada es una actividad de animación y más se sustenta en el simple juego lúdico, menos contribuye a afianzar el inevitable esfuerzo necesario para que la lectura constituya una parte gratificante de la vida.

Anteriormente, mencionábamos la tentación por parte de la institución educativa de convertir la experiencia de la lectura en experimento. Algo semejante puede acontecer con la experiencia de la escritura. Si aludía a ésta como a una experiencia personal y hasta enigmática, la idea de experimento es contraria a la aventura de crear, de escribir literatura. Como bien indica Jorge Larrosa (1996), el término experimento nos puede hacer creer, sobre todo en el ámbito docente en el que nos movemos, que, aplicando tal y cual estrategia, vamos a lograr tal o cual objetivo, un resultado prefijado de antemano. Por el contrario, nada más ajeno a la aventura literaria que la idea de causa-efecto. Cuando experimentamos con un texto literario al leerlo o al producirlo, reina la subjetividad, el encuentro o el desencuentro, el resultado es impredecible y por tanto escribir literatura es algo personal e intransferible.

Unos libros pueden gustar a unos y no a otros; unos textos que hemos escrito pueden ser una fuente de placer, «autocognocimiento» y una verdadera experiencia literaria para algunos y un motivo de impotencia, aburrimiento o frustración para otros. Y la escuela, no lo olvidemos, muchas veces teme aquello que no es previsible, que no cumple un objetivo marcado con anterioridad.

Precisamente porque soy escritora, sé que, al animarles a mis alumnos a escribir, no debo esperar lo que quisiera, sino asumir mi papel de acompañante en un viaje que sólo les corresponde aventurarse a ellos, dar más relevancia al proceso que al resultado, animarles a abrir un camino,

una ventana, un resquicio hacia un vasto territorio que es tan universal y tan complejo como lo es la experiencia humana, el reino de los deseos, el corazón que necesita creer lo que desea, los umbrales de la libertad imaginativa.

En realidad, estoy aludiendo a la necesidad tan humana de narrarse, de fantasearse, de escuchar, elaborar y vivir historias más allá de lo que bien o mal denominamos lo real. Y de hacerlo para otros, consciente o inconscientemente. Ese otro al que se quiere llegar, al que se quiere gustar, seducir o conmovir o del que uno se quiere vengar. Es lo mismo. Ese *otro* sin el que hablar de un *yo* no tendría ningún sentido. Por eso, en los talleres literarios, se escribe pero también se lee lo que los demás han escrito. Se habla, pero también se escucha.

Por otra parte, retomando la cuestión de la escritura de textos literarios en el aula, existe abundante bibliografía en la actualidad para orientar a los profesores en ejercicios y propuestas concretas de motivación, ejecución y comentario para ello. Yo misma me sirvo de ello para mi asignatura de «Talleres literarios» y podéis encontrar algunas referencias sugerentes en la bibliografía adjunta.

Para terminar, a los dos hermosos y complejos verbos protagonistas de estas líneas, leer y escribir, quisiera añadirles tres sustantivos menos utilizados, a menudo, rechazados o temidos, pero unidos entre sí por algo más que la «s» inicial.

### TRES SUSTANTIVOS, TRES «S»

Me refiero a la soledad, al silencio y al sosiego.

Escribir es difícil, leer también lo es. Ambas actividades requieren esfuerzo, concentración, voluntad. Son actividades que dan trabajo, más trabajo que limitarse



a ser espectador y a ver y oír. Escribir y leer nos suponen, a menudo, una gran dosis de soledad, silencio, y recogimiento o sosiego. Y en este sentido, cabe preguntarse si la escuela, la familia, la sociedad, ofrecen la oportunidad o las ocasiones de un silencio o recogimiento que sean fecundos.

Es verdad que vivimos en una sociedad que tiene horror a la soledad mientras la padece más que nunca, que huye del silencio relacionándolo con el aburrimiento, que confunde vacío y nada, pero si estamos hablando de literatura, si queremos gozar de ella y practicarla, ese silencio y recogimiento interior, la soledad creativa, me parecen imprescindibles.

La lengua inglesa recoge muy bien la diferencia entre (una soledad deseada) fructífera, enriquecedora, «*solitude*», y la soledad que se padece, la no deseada, la impuesta, «*loneliness*». «La soledad es eso sin lo que nada se hace. Eso sin lo que ya no se mira nada», escribió Marguerite Duras (1994).

Por otra parte, formamos parte de una cultura que valora cada vez más las actividades colectivas en detrimento de las individuales, una cierta actitud gregaria muy de nuestros tiempos. Quizás el rechazo a la lectura tiene que ver mucho con el miedo a quedarse solos, solos con nosotros mismos, esa angustia contemporánea.

¿Por qué un lector se aísla, se separa y enmudece para dejarse habitar por un libro? ¿Por qué entonces, un escritor escribe y publica?

La escritora Ana María Machado (2002) nos habla del escritor que busca un lector a su lado, dispuesto a leerlo y oírlo. Con quien pueda establecer una relación confidencial, con la que pueda discutir cosas que no tendría el valor de decir personalmente, para dialogar, para hablar y que le respondan. Para establecer, en fin, ese espacio privilegiado de

diálogo y comunicación entre dos personas que, a veces, la literatura es capaz de asegurar.

Creo que la misma respuesta la puede dar cualquier lector apasionado a la pregunta del porqué lee. Aunque vivimos en un mundo donde cada vez hay menos lugar para una lectura silenciosa, recogida y sosegada, es muy importante que no dejemos de reivindicar, fomentar y educar para que esa comunicación personal y mágica tenga lugar. Que no se pierda la conciencia de que leer literatura es una experiencia única, un encuentro autor/lector donde cada uno aporta lo mejor de sí mismo.

Y al escribir estas líneas, no puedo dejar de mencionar al ámbito bibliotecario, a esas bibliotecas que, durante mucho tiempo, constituyeron para mí ese reducido de soledad, sosiego y silencio. Esa atmósfera y ese paisaje de libros que llaman a la lectura libre, tentadora, generosa. Me parece elogiable la labor de mediación que ejercen, los grandes esfuerzos que hacen por mediar entre los libros y los lectores, la evolución que han conocido, a pesar del abandono, la escasez de medios, la falta de una auténtica voluntad política por potenciar y extender una buena red de bibliotecas.

Hablamos, escribimos mucho sobre la necesidad de la lectura, sus beneficios y conveniencias, pero no estoy segura de que la institución escolar procure siempre los espacios y ambientes adecuados. No es fácil, ya lo sé. Vivimos tiempos en que se le pide a la escuela todo, demasiado. Se ha delegado en ella funciones y responsabilidades que atañen a otras instituciones, sobre todo a la institución familiar. Pero, tanto en el ámbito bibliotecario, educativo o familiar hay que trabajar por lograr entornos en los que se lea y se escriba para comunicar y compartir con los otros una percepción del mundo, sensaciones que nos afectan, emociones

que nos invaden, pensamientos que nos asaltan. Me refiero a la percepción de todos los mundos, exteriores e interiores, lo propio de la literatura.

Dicho de otra forma, lectura y escritura son dos formas complementarias de acercarse al hecho literario desde la necesidad de conocer y conocerse a través de un modo específico, el que ofrece la literatura, que es capaz, a menudo, de mostrar muchas más riquezas de las estructuras profundas de la realidad que la abstracción conceptual.

## BIBLIOGRAFÍA

- CASSANY, D.: *La cocina de la escritura*. Barcelona, Paidós, 1993.
- CERAMI, V.: *Consejos a un joven escritor*. Barcelona, Península, 1997.
- DURAS, M.: *Escribir*. Barcelona, Tusquets, 1994.
- FLAUBERT, G.: *Sobre la creación literaria*. Madrid, Fuentetaja, 1998.
- FREIXAS, L.: *Taller de narrativa*. Madrid, Anaya, 1999.
- GARDNER, J.: *Para ser novelista*. Barcelona, Ultramar, 1990.
- GOLDBERG, N.: *El gozo de escribir*. Barcelona, La Liebre de Marzo, 1995.
- KOHAN, S.: *Consignas para un joven escritor*. Barcelona, Octaedro, 1992.
- LARROSA, J.: *La experiencia de la lectura*. Barcelona, Alertes, 1996.
- LEVY, M.: *Escritura y creatividad*. Barcelona, Paidós, 2001.
- LEWIS, C. S.: *La experiencia de leer*. Barcelona, Alba, 2000.
- MACHADO, A. M.: *Lectura, escuela y creación literaria*. Madrid, Anaya, 2002.
- MAINER, J. C.: *La escritura desatada*. Madrid, Temas de hoy, 2000.
- MARÍAS, J.: *Literatura y fantasma*. Madrid, Siruela, 1993.
- MARTÍN, N.: *Juegos literarios reunidos*. Bilbao, Mensajero, 1991.
- MAYORAL, M.: *El oficio de narrar*. Madrid, Cátedra, 1990.
- MILLA LOZANO, F.: *Actividades creativas para la lecto-escritura (Educación Primaria y ESO)*. Barcelona, Oikos-Tau, 1999.
- MORENO, V.: *El juego poético en la escuela*. Iruñea, Pamiela, 1989.
- *El deseo de escribir*. Iruñea, Pamiela, 1993.
- *El deseo de leer*. Iruñea, Pamiela, 1994.
- NELSON, V.: *Sobre el bloqueo del escritor*. Barcelona, Península, 1997.
- PÁEZ, E.: *Escribir. Manual de técnicas narrativas*. Madrid, SM, 2001.
- PENNAC, D.: *Como una novela*. Barcelona, Anagrama, 1993.
- QUENEAU, R.: *Ejercicios de estilo*. Madrid, Cátedra, 1991.
- RINCÓN, F.; SÁNCHEZ ENCISO, J.: *El alfar de la poesía*. Barcelona, Teide, 1986.
- *El taller de la novela*. Barcelona, Teide, 1986.
- *La fábrica de teatro*. Barcelona, Teide, 1986.
- *Los talleres literarios*. Barcelona, Montesinos, 1986.
- RODARI, G.: *Gramática de la fantasía*. Barcelona, Aliorna, 1986.
- SÁBATO, E.: *El escritor y sus fantasmas*. Barcelona, Seix Barral, 2002.
- STEVENSON, R. L.: *Ensayos literarios*. Madrid, Hiperión, 1998.
- TARRES, M.: *Taller de escritura*. Barcelona, Vicens Vives, 1988.
- TIMBAL-DUCLAUX, L.: *Escritura creativa*. Madrid, Edaf, 1993.
- VV.AA.: «Los talleres literarios» en *República de las Letras*, 34, Julio, 1992.